

El hombre del crepúsculo

Sara Cortez-Pautrat

Carpos

El pasto de la loma se siente suave mientras está verde y fresco. El humor de las plantas es húmedo en esta mañana de abril. ¿Es abril? No sabría decirlo exactamente. He perdido la noción del tiempo en este sitio. Sigo echado, mirando al cielo, y al estirar mi mano la veo distinta, sintiendo como si esa piel no fuese mía y como si todo lo que tocara no fuera más que una dulce y agradable ficción. Observo la palma de mi mano atentamente y su dorso: no hay nada anormal. Volteo el rostro, para ver así, tirado sobre el pasto, cómo se pierde el horizonte curvado de las montañas con la neblina circundante. Sonrío, si sacara la lengua, podría tocarla. Saco la lengua.

Me he animado a tener mejor vista, para ello me he quedado semilevantado, apoyado en mis codos. Hay nervaduras en las plantas y los siento a pesar de mi camisa, pero vale la pena, pues la vista —hasta donde es posible ver— no me defrauda con su color nebuloso. Hay resplandor con huecos de sol en algunos lados. La mañana no clarea furiosa aún, pero puedo distinguir que son las nubes las que apagan el efecto de la luz. El decidir pararme es cuestión de valor. Estoy muy bien así. Sin embargo, algo mueve mi voluntad, la necesidad de revisar un poco más, pues ya conozco hasta el cansancio los accidentes de esta geografía cercana, las piedras, los árboles, los senderos. Tengo que saber hasta dónde llegan éstos, mis dominios.

Cuando empiezo a caminar hacia donde el viento sopla, voy encontrando que el efecto hipnótico de lo desconocido me va

llenando. Sé que no encontraré a nadie más, pero también sé que sabré qué hay más allá, pues no lo recuerdo y, si vivo feliz en este dulce y verde lugar, debo entender los motivos de este aislamiento.

El sol, que había salido glorioso, como siempre, en mi loma, se va agrisando hasta parecer tarde de invierno. Presiento, incómodo, que el límite de mi paraíso acaba, pues el pasto va resecaándose y la arena va haciendo su aparición. Mis pies empiezan a hundirse en cada paso que doy, internándome el desierto. Pero es una grata sensación, porque percibo los granos de arena entrando entre mis dedos, así que me tomo un tiempo para sentarme y coger un puñado de ella, y mientras la veo y siento caer, me siento un recién nacido, un recién llegado, un desconocido.

Podría quedarme así. Sin caminar más, dar la vuelta, volver a mi lecho de plantas nervudas, que labran mi espalda de tanto en tanto. Podría, echado, sentir el calor que entrega la mañana que va como yo, caminando sobre los objetos, dándoles diferentes sombras. Podría tener la hermandad del árbol que proyecta su ausencia, sobre mí, casi escondiéndome. Más puede mi curiosidad inconclusa y el horizonte borroso.

Es por eso que no sé distinguir aquella línea que cruza el desierto a pocos pasos de mí. El contacto brusco con el asfalto me confunde, porque siendo que no hay nadie más que yo en este lugar, y no habiendo habido nadie antes, me es incomprensible la existencia de esa franja la cual llamo espontáneamente carretera y en la cual me sitúo, echado, parado, echado otra vez.

No veo venir a ese artefacto humeante que escoge el mismo sendero que el mío; sólo siento un dolor indescriptible, vuelo por los aires —todo se ve tan diferente desde aquí, hasta diría que logro ver mi loma a lo lejos— y luego, la oscuridad y el silencio.

Metacarpos

Así que, cuando parpadeaste, no te diste cuenta ni dónde tenías que bajar del bus. Recordabas aún la loma, pero no cómo llegaste aquí. Tocaste tu cuerpo, buscando alguna herida, asustado, pero claro, no la encontraste. Miraste nuevamente tus manos y esta vez eran delgadas, nervudas, pero nada, nada

extraño, eran tuyas. Guardaste compostura, porque tus gestos nerviosos estaban poniendo quisquillosas a las personas sentadas frente a ti. Llevabas traje y una maleta tipo James Bond, que tenías apoyada sobre las rodillas. Un cuaderno estaba abierto sobre ella. Un niño del costado te devolvió el lapicero que tiraste. Miraste a todo tu entorno con un poco más que disimulo y decidiste que bajabas en el siguiente paradero. Hoy no fuiste a la oficina, te tomaste el día libre.

Caminaste, con la misma dirección opuesta a tu loma, cruzando calles y avenidas, deteniéndote a mirar absolutamente todo, con la maleta en la mano, el cuaderno en la otra, esperando ver terminar este sitio inacabable. De vez en cuando te detenías frente a un lugar conocido -generalmente un café-, te sentabas y pedías algo de beber, rellenando tu cuaderno, explicando todo lo que veías, apuntándolo por las puras, porque tu memoria estaba siendo fotográfica y los datos que necesitabas prescindían de códigos.

Pero los borrones se sucedían en el papel, página tras página; tal cual las imágenes de vidas ajenas que se desarrollaban simultáneas a tu camino empezado. Podría ser la esperanza que alguna de aquellas personas transitara por tu mismo camino, pero eso no acontecía y entonces era ese el momento en el que encallabas en una mesa y escribías.

Parlamentos varios, preguntas varias, respuestas inconclusas.

Hasta ahora abarrotaste de ti todo lo que encuentras. Suspiraste, rellenaste los cuadrados minúsculos de los cuadernos con rayas transversales, luego pusiste espirales, guirnaldas, un dulce nombre que no se ha ido, parte de ti. Tu otro yo se coló, definitivamente, para rellenar el sentido. Para auto explicarte. Desde el parpadeo y antes de él mismo, sin mucha suerte. Sólo el acto mecánico de violar las hojas en blanco valía la pena mientras expulsabas de mal modo la ansiedad que te hacía seguir buscando. Otro argumento apareció paralelamente a los últimos párrafos sobre los cuadernos y es la disyuntiva entre dar la vuelta e irte a casa a apilar más textos, mientras buscabas la combinación de tus demonios y el orden que siempre te ha asustado, pero que practicas tan bien. Y el camino por continuar, porque todo lo que ves siguen siendo tus dominios, invadidos, pero lo son, se muestra sensitivamente a quien busca cuidadosamente, como quien escucha un sonido imperceptible entre las multitudes, una susurrante canción. Sonreíste en medio del tráfico, te alisaste el cabello alborotado, sujetaste firmemente el maletín en

una mano y el lapicero pegado al cuaderno en la otra. Probablemente dejarás de escribir.

Ya por esos momentos habías desanudado la corbata de tu traje y llevabas el saco al brazo, te ajustaban los zapatos y no había modo de encontrar un lugar en el cual pudieras sentirte cómodo y descansar un poco.

Así, intentando buscar un atajo, llegaste hasta una calle sin salida. Un par de hombres te cerraron el paso. Sentiste el odio en sus ojos y sin pegar un grito, fuiste mirando el cielo gris como el de los límites de tu loma, mientras te iban golpeando hasta morir.

Falanges

Un escalofrío le recorrió la espalda mientras conducía rumbo a casa. Tuvo que estacionar el auto y apoyada contra el timón, comenzó a pensar sobre todo lo que le había pasado. ¿Y si regresara? Nadie estaba haciéndole una auditoría sobre su propia voluntad. Era lo más lejos que había logrado llegar. Hundió las uñas en el mango forrado del volante. Sentía ganas de vomitar. Era suficiente haber llegado hasta aquí, se dijo, para calmar a su conciencia. Pero no, no lo era. Un taxi pasó raudo a su lado, y se escuchó un sonoro insulto desde la ventanilla del conductor. Levantó la cabeza y se echó en el respaldo del asiento, tocándose el vientre donde antes había sido golpeada. Le sobresaltó el contacto de su propia mano, helada, sobre la blusa. Recordó su sobresalto en el bus. Los ojos del niño que le devolvió el lapicero masticado histéricamente por ella, perdido en la golpiza. Los cuadernos sin terminar. El dulce nombre que no se olvida, a pesar de que no tiene nada que ver con el camino trazado. Se toca el cuello, en un vano intento de desajustarse una corbata que no lleva puesta. Pasando un tiempo, suele acostumbrarse una a todo, se dijo.

Evocó la sensación de los nudos que formaba el pasto bajo su espalda, cuando estaba echada en la loma. Volvió a percibir la arena entre los dedos de sus pies, mientras caminaba hacia el horizonte. Tenía que descubrir el final. La posibilidad de que estuviera cerca le abrumaba. Ello significaba una previsibilidad de las cosas que le incomodaba, pues le era necesaria la capacidad de explorar, de saber que, pese a regresar al mismo lugar, nunca volvería a ser la misma. Ella no era aquel que despertó feliz e ingenuo, con la curiosidad agobiante por saber hasta dónde llegaba su vista. Era llevada por sus pies de manera



hipnótica, porque sabía que todo lo que vería le pertenecería automáticamente. Era un asunto ingenuo, si se advertía. A estas alturas, cuando nadie le había dicho que todo ello fuera verdad, el creerlo era un acto infantil, que no creía posible pero que cumpliría religiosamente. Lamentó, entonces, la pérdida de los cuadernos, en alguna calle de los arrabales, pero no pensó en ir a buscarlos. Sabía que debía continuar con su viaje.

Volvió a encender el automóvil y tomó el rumbo opuesto. En un cruce de avenidas, un edificio lleno de espejos le devolvió su reflejo: el cabello gris, la mirada fastidiada, el acto reflejo de arranque.

Tuvo que cruzar media ciudad. Se sucedían nuevamente las avenidas, los transeúntes caminando en diversas direcciones. Ella se asombraba de que casi nadie estuviera en el mismo trance, dirigiéndose hacia el mismo sitio. En algún momento llegó a encontrarse sola en el sentido contrario del resto de tráfico que iba hacia el lugar por el cual venía. La sola idea de haberse equivocado de dirección, o de estar fuera de foco, la molestaba. Era como una vena que le latía en el rostro, un estado de incomodidad casi imperceptible.

Fue conteniendo la respiración de la emoción. Ya estaba cerca, podía sentirlo. Era el límite más occidental, hacia donde ella quería llegar. En la mañana, en su loma, no lo sabía. Pero ahora era todo tan evidente. Tenía que arribar a ese sitio, saber si tenía algo qué descubrir. Tan opuesto como el lugar desde el cual venía, desde donde el sol nacía.

Estacionó su auto en una calle aledaña y fue caminando pausadamente hacia el malecón. El cielo se estaba poniendo rojizo y el sol, cuyas nubes habían temporalmente ocultado, se movía suavemente sobre el horizonte. Se paró un instante en aquel puente, mirando el paisaje. Mirando el mar.

El aroma salino entraba por sus fosas nasales y su boca, que tenía abierta, asombrada por la belleza del horizonte crepuscular. Sonreía, como el inicio, con las manos alzadas, intentando tocar el instante. Así fue como se dio cuenta de que en realidad, no existían límites a sus posesiones, que la capacidad de seguir explorando quedaba abierta. Miraba la vastedad del cielo, la inmensidad del mar y reconocía éstos también como sus dominios. En realidad, *todo le pertenecía*. Estiró las puntas de los dedos, en un grácil intento de tocar el crepúsculo, sintiéndolo tan cerca, tan endiabladamente palpable. Recordó que eso era lo último que creía haber visto

desde los aires, esta mañana; el reflejo azul verdoso, a lo lejos, del mar. Recordó haberlo visto en el televisor de uno de los cafés en los que se sentó a apuntar sus divagaciones. Un joven se paró a su lado, también observaba emocionado la caída del sol. Él reparaba de reojo en el gesto de ella con las manos estiradas y se hizo que no le interesaba. Esta vez ella sonrió pensando en la sola idea de que hubieran más en su condición: viajeros desde muy lejos, migrantes que desesperadamente necesitaban saber lo que ahora ella sabía. Todo puede ser posible a estas alturas, se dijo. Esperaron en silencio a que oscureciera y ella se ofreció llevarlo a casa. Él accedió, no sin esfuerzo. Volverían al día siguiente.

Pero cuando despertó en la mañana, se encontró nuevamente sobre la loma y fue feliz. Volvió a maravillarse con su propia mano, las nervaduras de las plantas bajo su espalda, que se parecían tanto a las líneas de sus palmas, y prestamente apareció la curiosidad por ver hasta dónde llegaban sus dominios.

